

Título Original: El Kassequa
Dunare (Novela)

Libro escrito en san José de
Guanipa Estado Anzoátegui.

Terminado de escribir mayo 2013.

Autor: Oscar Matute Ortiz.

Diseño Grafico Portada: Pedro
Piedra, pintor de San Jose

ISBN:

Depósito legal:

San Jose de Guanipa, Estado
Anzoátegui.

El Emplumado Paraíso.

Ascendió un pájaro profanado por el sol, por el calor, por la ventolera del tiempo, y se cubrió de azaña, al haber nacido en aquella área salpicada por la tupida montaña que no dejaba deslizar los traspies de los aborígenes que muchos lustros tenían pisoteando aquella maraña situación. Era un aguerrido escenario tapizado por los montes, la hojas que abanicaban aquel desértico silencio, y que era un escondite para los aborígenes que iban penetrando poco a poco por aquellos sabanales, aquellas

matas, aquellos bosques erguidos de sorpresas erráticas que bloqueaban cualquier disidencia, para ocupar este legado terrenal que la naturaleza había propiciado.

Serpientes, tigres, leones, chiguires, lapas, venados, acures, cascabeles, macaguas, rabomarillas, morrocoyes, zorros, perdices, sabaneras, corales, mosquitos, moscas, plagas, insectos, se lanzaban en dinámicos desplazamientos. Era el bullicio estremecedor de la selva, de aquellos lares y espacios que se perpetuaban en el tiempo.

El Aborigen al acecho y la caza se hacían fuertes y temibles contra

una naturaleza inhóspita, concurridas por cerradas y tupidos arboles, chamizales, arestín, urrapales, guaritotos, bejucos selváticos, robles, jobos, brusca, quebrahachos, cují negros, cujís blanco con olores nauseabundos que expedían cuando eran cortados o arañados por la mano del hombre indio. Tierras de humus, floreadas por las caídas de las hojas que tapizaban la tierra lisa y llana, y que cubrían con humus aquellos desérticos terrenos. Era una naturaleza bravía que había sido tocada por la mano bravía de un aborígen que se había comenzado a desplazarse poco a poco en colonias pequeñas y así llenaban

aquel vacío siniestro que no había sido tocado por entes inteligentes, entes semidesnudos que se habían comenzado a desplazar poco a poco por las zonas aledañas a estas aéreas que eran silencio en la historia, pero perpetuadas en la existencia, en la creación y la evolución. Inviernos, veranos, soledades ante el ántropos era la esperada y decorada situación que se presentaba. Inviernos iban y veranos se escondían cuando el chubasco, la llovizna se acercaba a mitad del mes de abril y así se mantenía en turbulento palos de agua que se convertían en recios volcanes de aguas dulces, cayendo sobre aquel ventanal espacio de

esta área convicta de cielos azules y de floreados apamates. Las quebradas, los ríos, El Gran Río, los suelos vacíos, las lagunas naturales, los hoyos del suelo, se convertían en casimbas de aguas que se depositaban por un rato o por mucho tiempo cuando el sol comenzaba tener sus rayos clavados en la espesura de aquella fértil tierra del Unare. Toda la cuenca está hilvanada de agua por todas partes: Aragua, Guaribe, Cumanagoto, Azaca, Meseta, El Batey, El Potrero, Salsipuedes, Raíz, Corozo, Achagual, Machagua, Guacharaca, Guere, Quebrada Honda, Temblador, Cuicas, Guara, Casimba, Dunare, Clarines, Boca

del Mar Caribe estaban llenos hasta el topete de aquellos avispados inviernos que torrencialmente se filtraban a través de nubes gigantescas que se cernían sobre aquellas arboledas amintadas por el tiempo y la existencia de la naturaleza tropical, que se había formalizado desde la creación del planeta tierra, y que había sufrido eclosiones de mutaciones por los cambios naturales que la misma naturaleza proveía con el paso del tiempo y las fuerzas cósmicas que existen en lo mas íntimo de la propia naturaleza.

Allí correteaba la imaginación y el instinto del pájaro agresivo, del

pájaro alevoso, del pájaro emplumado que se elevaba sobre aquel escenario colorido con los rayos solares, pero que el pájaro gozaba la libertad al volar sobre aquel arquetipo escenario cubierto de miles y miles de animales, pero que el pájaro emplumado gozaba y se reía de aquellos que eran batracios, bípedos, y moneadores de palos, árboles y plantas nutridas de hojas, gordura y altura.

Allí en ese mundo del pájaro emplumado se iba acercando poco a poco y con los años unas nutridas tribus que en centenares de años habían cruzado El estrecho de Bering y se

desplazaron con el tiempo y los siglos hacia recónditas tierras balbuceadas por la soledad y el silencio del homo sapiens. Habían penetrados estas selvas en sus sombrías noches y también en sus sombríos días. Nadie luchaba contra ellos, solamente la naturaleza salvaje e indomable que hacía ventajas sobre ellos. El tiempo también les había enseñado el aguerrido trajinar de la noche oscura para vencer lo indomable en ella. Al pisar esa tierra mítica, anchurosa y llena de instintos animalescos los convertía en unos desconocidos, pero también, comenzaban a humanizar un área, que la creación todavía no había podido

integrar. Poco a poco la raza humana fue cobijando las áreas del planeta. Llegar a ámbitos desconocidos no era fácil, pero tampoco difícil, estaban acostumbrados a los avatares de lo selvático, de lo inhóspito. Por eso al internarse en el Área del Gran Rio (Dunare) comenzaron a guarerse en la dinámica situación que allí existía. Allí existía el grito del pájaro, el gruñir de los tigres, de los leones, de las cien especies vegetales que se anidaban en aquel oropel de la vivencia entre lo vegetal y lo animal. Allí estaba el Gran Rio, ríos pequeños, ríos medianos, ríos silvestres, ríos medias cajas, ríos revueltos, ríos apacibles, allí estaban las lagunas